

Al margen de cuales fuesen las intenciones del debate sobre «La política en la red» con el que se abre el Anuario, mas allá de que se tratase de conducir el mismo hacia la respuesta de determinadas preguntas, el resultado ha sido decididamente «explosivo». Efectivamente a lo largo del debate se ha puesto en cuestión casi todo, y sobre todo, todos aquellos aspectos (o algunos de los más relevantes) que de alguna forma estaban considerados como «sagrados» en las teorías, reflexiones y prácticas de la movilización social en general y de los movimientos sociales en particular.

Algunos ejemplos de esta «heterodoxia»:

1. Ya no resulta tan evidente la clásica y tajante diferenciación de los terrenos de juego entre instituciones y movimientos; las instituciones políticas invaden terrenos sociales y los movimientos sociales entran en espacios institucionales. Y los resultados son ambivalentes; a veces las instituciones sustituyen y cooptan a los movimientos y a veces los movimientos adquieren más poder (o más reconocimiento, o más audiencia). Y así dentro de esta flexibilidad resulta que idénticas funciones de sensibilización o agitación se pueden llevar a cabo desde muy diferentes instituciones o movimientos.

2. Otra cuestión es que la sociedad cambia de perspectivas y exigencias sin necesidad del protagonismo de los movimientos. Nos encontramos así con cambios en la cultura social reivindicativa no liderada por los movimientos. Y también surgimiento de nuevas reivindicaciones (consumo por ejemplo) no vehiculizadas a través de los procesos convencionales de organización y confrontación de los movimientos.

3. Tampoco las relaciones y funciones (¿o estereotipos?) que se otorgaban a la participación respecto a los movimientos sociales, parecen tan obvias. Básicamente —se nos decía— los movimientos sociales querían participar en la codecisión política para adquirir más poder, para empoderarse y las instituciones les vedaban ese acceso participativo. Pues tampoco parece claro. En muchos casos son los movimientos los que no quieren participar, en otros lo desean para resolver específicas y limitadas reivindicaciones; y en otros las instituciones ni vedan su acceso, ni lo promocionan sólo para autolegitimarse 4. El mismo concepto de movimiento social, de forma más o menos implícita se ha cuestionado a lo largo del debate. Desde una

concepción muy flexible en la que movimiento se identifica sólo con una actitud compartida de querer estar en el mundo de una forma diferente, a una concepción donde el movimiento, organizadamente combate a un enemigo visible en la búsqueda de sustanciales transformaciones estructurales.

En este sentido, quizás lo más relevante tanto del debate, como de algunos de los artículos más extensos de este Anuario, es que nos cuestionan sobre el mismo sentido de la movilización social en general y de los movimientos sociales en particular. Parecería como si toda nuestra (seguro que rígida) visión de los movimientos sociales y sobre todo de su proceso, se hubiese venido abajo. Y que el panorama que se nos presenta nada tenga que ver con nuestros (¿tradicionales?) conceptos. Probablemente no sea así. Pero si lo parece. Veamos, por tanto, en qué consiste esta apariencia.

El enfoque convencional sobre los movimientos sociales (lo que los movimientos eran; lo que los movimientos debían ser; y sobre todo cómo los movimientos evolucionaban) se formulaba —muy sintéticamente— más o menos así.

Un movimiento social, o más exactamente una red de grupos, organizaciones y aún personas que comparten un mismo objetivo de cambio, se moviliza para lograr determinadas transformaciones colectivas. Quiere unas relaciones distintas —más justas— en el trabajo, exige preservar el entorno medioambiental, pretende la igualdad de la mujer, busca relaciones solidarias con los pueblos más desfavorecidos de la tierra, etc. Para lograr esos objetivos, los movimientos construyen una identidad colectiva; comparten una definición, una interpretación y un estar en el mundo distinto al de su entorno. Se movilizan de diferentes —y más o menos convencionales— formas de acción. Se relacionan con las instituciones políticas, con la Política; exigen a las instituciones que cambien las normas que impiden lograr sus objetivos o que establezcan nuevas normas que los favorezcan. Y de las combinaciones de identidad, acción, medios de acción y relaciones con la política, los movimientos van transformando sus propios objetivos. Habitualmente, de más limitados y más locales a más ilimitados y universales.

Lo común es que en esos desarrollos aparezcan dos grandes procesos o tendencias. Por un lado o bien por que limitan demasiado sus reivindicaciones o bien por que negocian demasiado con los políticos o bien por que las instituciones asumen sus demandas, o bien por todas estas (y otras) razones, los movimientos son absorbidos por el sistema; pierden su alternatividad, su

diferente forma de ver y compartir el mundo (y actuar en él) y se convierten en grupos de interés; en colectivos que trabajan para defender los particulares intereses de sus socios. Y por el otro lado, bien por que plantean sus exigencias de forma excesivamente radical o bien por que la sociedad interpreta como utópicos sus objetivos, bien por todas (y muchas más) razones, el hecho es que el movimiento se aísla y deja de ser operativo. En el primer caso muere por integración y en el segundo por marginación.

Al margen de que la descripción es sin duda deliberadamente sintética y esquemática (existen otras variables y otros procesos), sí se puede concluir que en general la vida de los movimientos sociales se ha regido por una especie de desarrollo lineal. Por un proceso en que ciclos, causas y consecuencias estaban, de alguna forma, predeterminados y de alguna forma, por tanto, eran previsibles.

Esta última consideración podría ser una buena síntesis de lo que eran, de cómo veíamos a los movimientos sociales. Y su cuestionamiento puede ser también un buen punto de partida para introducirnos en el panorama actual, en el que lo dominante no son las previsible cadenas causales, sino la perplejidad.

Intentemos describir este desconcierto, alguna de cuyas expresiones ya se han apuntado a la hora de valorar el resultado del debate.

Parecería en primer lugar que no existe una relación clara entre identidad y acción. Los movimientos construyen su identidad colectiva en y por su acción colectiva. Es el cómo y el porqué se confrontan con el mundo, el cómo y el porqué se mueven y el hacia donde lo hacen, lo que influye de forma muy significativa en el cómo interpretan y cómo definen la realidad, y cómo comparten esa interpretación. Sin embargo nos encontramos hoy con colectivos de personas (¿por qué no llamarlos movimientos?) que establecen relaciones radiales entre ellas, que consti-tuyen y comparten espacios de reconocimiento mutuo en la vida cotidiana. Que informalmente deliberan sobre sus agravios y sobre el sentido (o sinsentido) de la realidad. Y que sin embargo como tales redes no actúan en el espacio público. Desconexión, pues, entre identidad colectiva y acción colectiva.

En otro orden de cosas, y como se indicó, las relaciones que se dan entre los movimientos y las instituciones políticas, orientan y hacen predecible el desarrollo estratégico e ideológico de los movimientos. Hoy, sin embargo, «no resulta tan sencillo definir y predecir una evolución de un movimiento a partir de sus relaciones con las instituciones políticas o la Administración

Pública». Esos «fatales recorridos» que antes mencionábamos, hacia la integración o la marginalidad no parecen depender ya tanto de esta variable relacional.

Algo esta cambiando. Pero ¿hacia dónde? ¿y por qué?

Empecemos a considerar la segunda pregunta. O más exactamente a especular sobre posibles contestaciones a la misma. De momento, tres sugerencias:

1. Una de ellas haría referencia a las transformaciones ideológicas. Las «antiguas» ideologías sociales y quizás también —sólo en parte— las nuevas ideologías surgidas al calor de los nuevos movimientos sociales (léase sobre todo ecologismo) no sólo otorgaban una visión clara, articulada y excluyente del mundo, de sus conflictos, de los amigos y enemigos y de su inevitable devenir, sino también definían con precisión quién/quienes deberían protagonizar, esos grandes cambios inscritos en la Historia y qué es lo que debería hacerse para activar el conflicto y el correspondiente proceso que conduciría al prefijado horizonte de emancipación.

De estos relatos ideológicos ya no queda casi nada. Estamos en una fase de construcción o reconstrucción del discurso ideológico. En una fase en la que a lo mejor empiezan a aparecer quienes son los enemigos y se vislumbran algunos de los puntos del horizonte final, pero en la que, desde luego, la incertidumbre sigue persistiendo en la adecuación de medios a fines, en qué es lo que hay poner en marcha para alcanzar los grandes objetivos liberadores.

Es en esta perplejidad donde surgen estas redes públicamente poco activas pero de fuertes densidades identitarias; redes que almacenan en la vida diaria, en las casi imperceptibles relaciones de la cotidianidad una capacidad emancipadora poco espectacular pero potencialmente muy poderosa.

2. La segunda sugerencia nos conduce al cambio de las formas de hacer política, de producirse la política. En bastantes políticas públicas, ha cambiado la forma, el proceso, de tomar decisiones. Hoy se constituyen espacios políticos en los que existen, y coexisten, y discuten, y negocian, ... y deciden, una red de diversos actores -políticos, sociales, económicos etc. El espacio decisorio se ha flexibilizado. En él entran y salen actores y movimientos sociales, y su circulación por esos territorios, antes vedados a los que no fuesen las verdaderas Autoridades, no les produce especiales crisis identitarias ni estratégico/ideológicas.

Parecería que la transformación surgida en los procesos decisorios políticos ha quitado relevancia a la relación movimiento/instituciones políticas. La relación es hoy mucho más instrumental y mucho menos influyente en la configuración de la evolución de los movimientos.

3. La tercera sugerencia enlaza directamente con la anterior. Acabamos de ver que la participación en el juego político por parte de los movimientos no estaba produciendo ese supuestamente inevitable proceso de integración, de absorción institucional. A la razón del cambio en el formato decisorio, debemos añadir la del cambio en los contenidos de las políticas gubernativas.

Antes —y siempre— los movimientos sociales han tenido como objetivo la defensa de los intereses generales, de los bienes públicos. Pero también es cierto que históricamente los Estados del Bienestar, los gobiernos más o menos socialdemócratas, asimismo han hecho políticas dirigidas al establecimiento de estos intereses generales, de estos bienes colectivos. Ello ha supuesto estrategias complementarias con los movimientos y que en determinados casos los movimientos hayan limitado sus demandas a sus representados más cercanos, hayan «privatizado» sus reivindicaciones.

Hoy, con el empuje de las políticas neoliberales, los procesos de privatización están protagonizados por el Estado. El abandona las políticas dirigidas al logro de los bienes públicos lo que supone que son los movimientos los que deben reforzar su estrategia de defensa y exigencia de los intereses generales, los que en cierto modo les «obliga» a mantenerse firmes en sus exigencias colectivas. Firmeza que por otro lado, les conduce a posiciones de enfrentamiento con el Estado, a pesar de que en muchos casos, mantengan relaciones más o menos estables con él.

Las razones, las sugerencias apuntadas no agotan, ni mucho menos el análisis sobre esta nueva situación. Ni siquiera permiten afirmar que realmente se trata de una nueva situación y no simplemente de un fugaz cambio de coyuntura. Pero si nos pueden llevar a la conclusión de que estamos en un momento de acumulación de fuerzas; en un momento en el que, desde muy diversas experiencias y demandas, parecería estar tejiéndose una nueva y autónoma cultura de «rechazo», una cultura menos ideologizada y probablemente más libre a la hora de

diseñar acciones y objetivos. Hacia donde vaya este proceso todavía es prematuro saberlo. Pero estamos seguros que finalmente servirá para lograr una humanidad más justa. Solo hay que tener un poco de paciencia. Y un poco de sentido de la historia. Como dice, Enric Tello en su artículo: «Las luchas sociales nunca son en vano. Los cambios sociales de verdad se producen por vericuetos siempre complicados, a través de mediaciones e interacciones complejas, y a menudo en tiempos más largos de los previstos. Pero se producen. Es verdad que ningún movimiento social y político ha conseguido hasta la fecha alcanzar lo que se proponía exactamente en el modo como lo había concebido, ni en los plazos en los que confiaba. Sus logros reales suelen quedar enmascarados por una larga cadena de mediaciones que difieren los tiempos y difuminan los contornos que permiten reconocer su impacto en la larga trayectoria de los procesos históricos. Por eso la conciencia histórica debe formar parte del acervo cultural de cualquier movimiento con voluntad transformadora de la realidad social, si quiere aprender a reconocer y analizar sus propios logros a través de la habitual opacidad de la vida social».